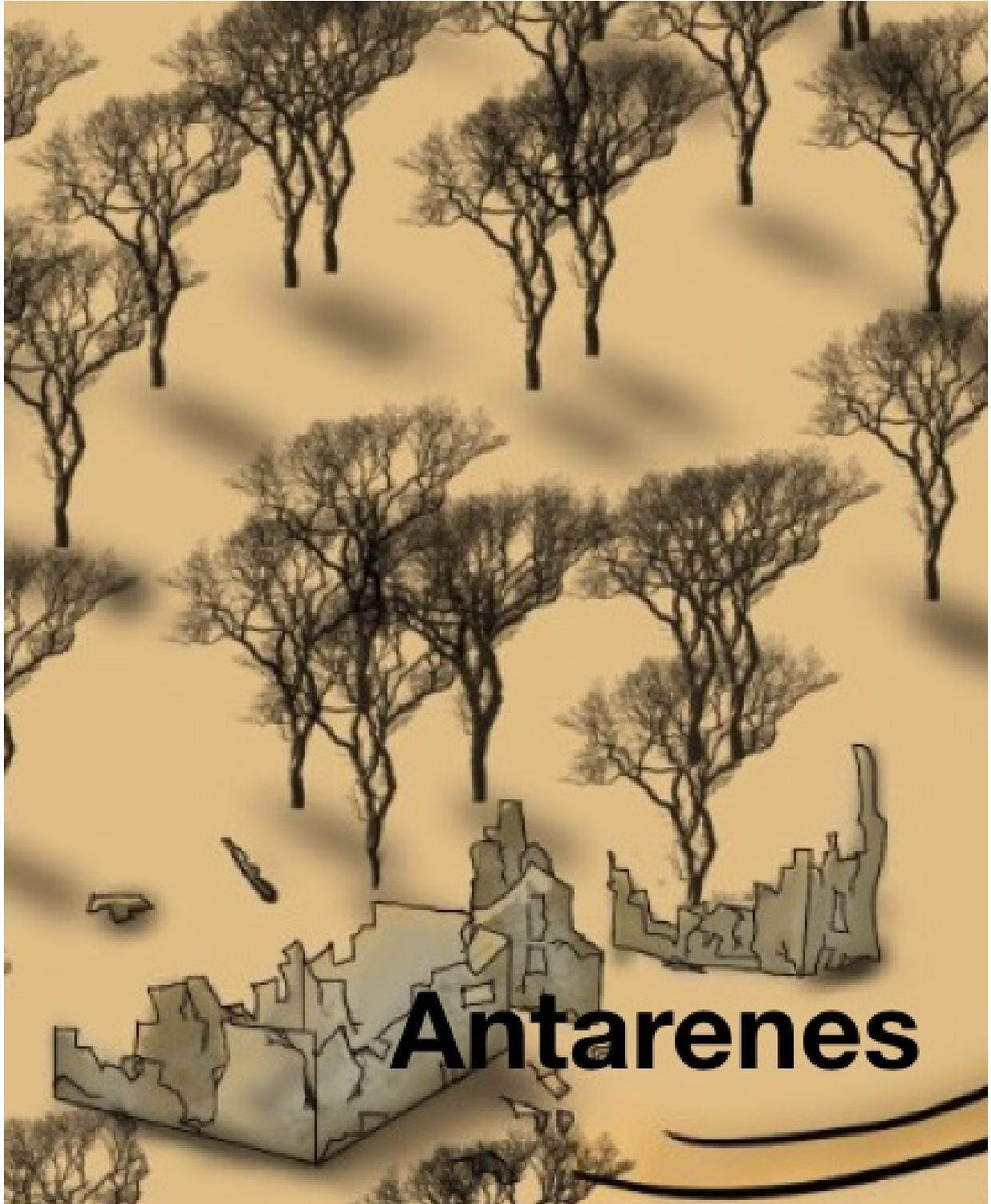


Los Owens: Lola y Carl 1 parte

carmen sogo



Capítulo 1

I-Los nacimientos

Que trata de cómo dos bebés nacen en el mismo pueblo, a la misma hora y el mismo día

Cuando la comadrona separó a Carl de su madre con un corte limpio de tijera el 14 de febrero de 1931 nadie podía prever el accidente. La granja Owens se sumió en un silencio profundo y seco hasta que el llanto rompió el aire convirtiendo la casa en el edificio de madera húmedo y blanco que solía ser. Margaret, jadeando y sudorosa buscó a Martin Jr. con un giro de cabeza, pero el chico no se encontraba en la habitación, ni en la casa.

Al oír los primeros gritos de su madre, Martin Owens Junior había salido corriendo para esconderse en el último rincón de la granja, en el granero. Cerró la puerta con todas sus fuerzas, subió la escalera y se sentó en la pared más alejada, luego se tapó los oídos con las manos. Los gritos de su madre se le habían clavado tan dentro de su cerebro de diez años que seguían allí hasta que comenzó a chillar para ahogarlos. Al cabo de unos minutos sintió que no había ya sonido alguno fuera del que producía su propia voz. Se calló y separó las manos de la cara, bajó las escaleras despacio, muy atento a cualquier ruido. Corrió la puerta del granero, salió y volvió a cerrarla y, justo cuando sus pasos comenzaban a acercarle a la casa, los chillidos volvieron áridos y agresivos.

Corrió y corrió carretera abajo, lejos de su madre, del hermano que la estaba matando y de aquel mundo nuevo y desconocido. Había visto nacer terneros y potros pero ninguna vaca ni yegua gritaba de esa manera, ningún animal quería asesinar a su madre como estaba haciendo ese hermano al que ahora odiaba. Cansado, sediento, acalorado a pesar del frío día fue aminorando la carrera hasta que su huida se convirtió en un caminar plomizo. Necesitaba a su madre, la redonda y sonrosada Margaret, su consuelo, su ternura. La necesitaba y la creía perdida.

Había pensado mucho en ese día desde que se enteró de que esperaban un hermano, según su madre iba engordando Martin soñaba más a menudo con el bebé. En sus sueños había bebés con dientes de caballo, con patas de cerdo, niñas con pechos enormes como ubres de vacas, niños con cabeza de hombre y hombres con cabeza de niña. Había imaginado a su hermano de todas las formas posibles, o eso pensaba, pero nunca lo había creído un asesino.

Más sosegado, con el paso lento, comprendió, a pesar de que solo tenía diez años, que en la granja podían haberle echado de menos, deseó que le

hubieran echado de menos, y supuso que su padre preguntaba por él para abrazarle necesitando que le consolara ahora que estaban los tres solos: él, su padre y el desgraciado de su hermano. ¿Qué iban a hacer con un pequeño criminal en la casa?

De pronto vislumbró que el niño podía ser niña, que quizás el asesino fuera una asesina y el horror vino hasta él con mayor crudeza. Las niñas no cabían en su mundo, nunca estaban, ni en su mundo ni el de sus amigos, si alguna aparecía en su vida era porque tenía unas trenzas irresistibles ¿Quién no ha tirado de las largas trenzas de una niña? o porque le molestaba verlas cuchicheando en un rincón del patio de la escuela ¿Quién no le ha hecho burla a un grupo de niñas? Lo peor que podía pasar era que su hermano además de asesino fuera niña. ¡Pobre papá! Llegaría a casa cansado de trabajar, con el inmenso dolor de la mujer muerta y sabiéndose solo para cuidar de él y de un bebé asesino que además era niña. Pobre papá.

Por eso, y solo por eso regresó a la granja Owens. No quería ver el cadáver de su madre, ni a su hermana, solo quería abrazar a su padre y decirle que no estaba solo, que él, Martin Owens Junior, lucharía a su lado contra las adversidades y eran muchas las que se les avecinaban.

Pero cuando llegó a la puerta de la casa blanca, en lo alto de la escalera no estaba su padre sino Catherine, Cat, la comadrona; con una falda beige cubriéndole la enorme barriga y un delantal en el que se secaba las manos y una sonrisa franca en la cara. Le gustaba Cat porque estaba en todas partes, era comadrona, asistente, a veces ayudaba en las granjas y cantaba en el coro de la iglesia. Los domingos se ponía un gorrito amarillo que tenía flores secas en el ala y del que siempre se escapaba un mechoncito de pelo color rojo. Martin se quedaba extasiado mirándolo y su madre le clavaba los ojos tan seria que él regresaba al estúpido sermón, eran irresistibles aquellos rizos rojos.

—Martin, cariño, tienes un hermanito. Los dos están bien, ¿quieres subir a verlos?

Así que no es una niña eso mejora la situación. Pero ¿Quiénes están bien? ¿A quienes tengo que ver?

—¿Mamá..., mamá...?

—Mamá está cansada, pero quiere verte, ha preguntado por ti varias veces pero ni tu papá ni yo sabíamos dónde estabas. ¿Dónde te habías metido? Puedes subir antes de que se duerma, anda corre.

Al pasar tiró al suelo, como tantas otras veces, a la hija pequeña de Cat que siempre se interponía en su camino. Y corrió escaleras arriba, vaya si corrió, ni siquiera preguntó porque su madre estaba viva después de

haber muerto ni como era que su hermana se había convertido en un niño así de repente.

Abrió la puerta de la habitación de sus padres con mucho sigilo, el suelo crujía como siempre pero no le importaba, había mucha luz y el aire era cálido. Su madre parecía agotada y a su lado, sobre la almohada, había un bultito muy pequeño, apenas era algo. Se acercó con una sonrisa muy amplia y su madre le recibió con otra, le echó los brazos al cuello y estuvieron varios minutos así, abrazados.

—Mira, Martin, este es tu hermano Carl, Carl Edgar. Verdad que es precioso.

Miró aquel pequeño, tan pequeño, tan pequeño que hasta parecía inofensivo, tan rojo, tan calvo y tan silencioso.

—¡Ah!

Y no fue capaz de decir nada más. Cat y su padre se acercaron.

—Vamos hijo, hay que dejar a mamá que descanse.

Le cogió por el hombro, como si fuera un hombre, y salieron juntos de la habitación. Vio como Cat cogía el bebé y lo ponía en la cuna con cuidado. Ahora era una niñera pero seguía teniendo una tripa tan enorme que asustaba.

Estaba embriagado de felicidad, su madre no había muerto y su hermano, aunque era feísimo y muy pequeño, no era ni niña ni criminal. Lo cierto es que en aquella casa había motivos para ser felices. Un mechón rojo se atisbó en la puerta para fastidiarle y él sacó la lengua y se escuchó una carrera. Nunca se rendía esa pesada de Roxie.

Ese catorce de febrero de 1931, en el mismo pueblo, tampoco Marie Charpentier podía pensar en el accidente. Su parto había sido solitario, nadie le cogió la mano, nadie secó el sudor de su frente, nadie sufrió con ella, nadie le procuró descanso. En la fría cama de una clínica sucia y vieja de Fort Branch, condado de Gibson, Indiana, había parido a Lola en la más completa soledad. La comadrona, alta, seca, casi vieja y con una verruga en la cara, la despreció por extranjera, por soltera y sobre todo por primeriza. Al comienzo del parto la mujer había salido de la habitación no sin antes farfullar algo sobre la dilatación de las francesas primerizas. Pero madre e hija se las han apañado.

Regresó la comadrona cuando la cabeza de Lola ya estaba casi fuera.

—Que extrañas son las francesas, ni gritan en los partos.

Marie dejó para más adelante el tirarle de los pelos pero sabía qué, tarde o temprano también ella iría a su peluquería y entonces tendría su venganza. Desde que llegó al pueblo con su embarazo a cuestas y comenzó a peinar en el pequeño apartamento al que llama su casa, casi todas las hembras de Fort Branch habían pasado por sus manos. No tenía competencia, la otra peluquera no era profesional y atendía por igual a hombres y mujeres. Marie dejó muy claro que sus clientes serían únicamente señoras y fijó con una chincheta un papel al que llamaba título de una de las paredes. Tuvo éxito su peluquería, tanto que solo esperó al parto para buscar otro lugar en el que establecerse. Entre todas las casas que ha visitado le ha gustado una pequeña de dos pisos en Elm Street. En la planta baja hay un saloncito en el que pondrá dos sillones, uno para lavar y otro para peinar, un sofá con una mesita para que esperen las clientas y pasar ellas la velada después de cenar y una cocina. Y en la planta alta dos pequeños dormitorios y un baño. Además detrás de la casa hay un patio pequeño y oscuro pero que arreglándolo un poco se puede transformar en un jardín.

Su hija es hermosa, tiene un color rosadito suave y la carne recién hecha parece comestible aunque es tan pequeña que no sería un gran bocado. La mira con todas las lágrimas asomando por el borde de las pestañas, la sonríe y la abraza y se quedan dormidas juntas y agotadas. Por la mañana despierta asustada, Lola no ha llorado en toda la noche lo que no le parece normal. No se han movido durante horas y la niña sigue dormida, es tan bella que impresiona, la acaricia suave y entra la vieja armando mucho ruido. La mujer abre las contraventanas y puede ver un día sucio, feo. Marie coge a su hija y se la pone al pecho e intenta darle de mamar pero la niña lloriquea porque hubiera preferido continuar durmiendo. Le pregunta a la vieja si cree que puede irse ya a casa y la otra refunfuña que como son las francesas que ya quiere salir huyendo para estar sola y que le puede pasar no sabe qué cosas y que no que no puede irse tan pronto. Una hora más tarde el médico le informa de que tanto su hija como ella están perfectamente y que no hay problema en que se vayan a casa siempre que en los próximos días haya alguien que se ocupe de la casa y ella pueda reponerse. La vieja mira al médico con odio y entonces Marie sabe que cuando ella se vaya la mujer se quedará sola probablemente por mucho tiempo y sonríe, le alegra incordiar a la adusta comadrona.

Así que esa tarde pagó la cuenta y se fue a la mayor velocidad que le permitían los dolores hacia su casa prometiéndose que si volvía a tener un hijo, no lo quiera Dios, lo haría en su cama al estilo americano y se puso rabiosa como cada vez que, por costumbre, nombraba a Dios y nada más entrar en el apartamento puso a la niña en la cuna usada que compró un

mes atrás y se metió en la cama.

Pero no podía dormir, recordaba tantas cosas que una vena en la sien no dejaba de palpar. Se incorporó y cogió a su hija en brazos, la acercó al pecho, la besó en la frente y le prometió en voz alta que le daría la estabilidad y el mundo feliz que deseó para ella, que en aquel rincón perdido encontrarían la vida sencilla que proporciona la felicidad. Se vio viajando a una granja vecina los domingos con un paquete en el que habrá envuelto unas pastas recién hechas para pasar el día con su hija y sus nietos, el marido de Lola un sencillo granjero y sus padres unas buenas personas y los críos traviesos. Una estampa ideal que en apenas veinte años se convertirá en cotidiana y sabe que, cuando después de comer, se sienten juntas en el porche a descansar mientras los renacuajos juegan fuera, suspirará con satisfacción.

Capítulo 2

II- El encuentro

Que trata de cómo el chico y la chica se conocen tomando un batido en la heladería Cuter

El sermón de este domingo es la segunda entrega y como en las series de televisión si te has perdido en el capítulo de la semana anterior es difícil que puedas coger el hilo, eso es lo que le pasa a Carl por lo que será más útil que mire a Roxie que aún con un vestido recto cerrado desde el cuello a media pierna está arrebatadora. Los mechones rebeldes de siempre se escapan del recogido, se la ve atenta, entregada a las palabras del pastor y Carl se siente culpable e intenta cantar los salmos.

Contradiciéndole, su mente regresa a los propósitos que se hace cada domingo, después de comer y descansar escuchando música junto a su perro se montará en el coche y cogerá la 41 hasta Fort Branch. Recorriendo algunas calles la encontrará y cuando la invite a tomar un refresco en la cafetería no podrá resistirse. Ayer lavó el coche así que no hay disculpa para quedarse en el porche leyendo. Es verdad que todos los sábados desde hace cuatro meses lava el coche y lo encera porque el domingo va a ir a buscarla y es verdad que aún no lo ha hecho. Pero hoy es diferente, hoy lo va a conseguir.

Sus padres siempre son los últimos en saludar al pastor mientras que los de Roxie suelen salir al principio, y por si eso no fuera suficiente, para demostrar que su familia está en contra de sus intereses, entre las rutinas del domingo de la familia Owens no se encuentra la de ir a pasear como la mayoría de la gente. Ellos no, ellos se montan en la camioneta y regresan a casa. Mientras el automóvil se va alejando la busca pero ella está muy lejos, seguramente en el parque.

Cuando a las cinco de la tarde el coche de Carl va entrando en el pueblo se siente un héroe, han pasado casi dieciséis domingos pero lo ha conseguido, ha logrado tener fuerza para dejar a su madre leyendo en el porche y soportar su mirada asombrada.

-Carl Edgar Owens ¿Dónde crees que vas con este calor?

Ella utiliza su nombre completo siempre que quiere que la obedezca pero esta vez no le sirve el truco.

-Voy al pueblo a dar un paseo.

No se vuelve no vaya a ser que no sea capaz de seguir adelante. Ha logrado sacar su coche del granero y consigue salir de la granja. Pero no ve la sonrisa de satisfacción de Margaret, las madres son muy extrañas.

Recorre Locust street y no la encuentra, se mete por Elm y al doblar por Almut en la heladería de Cuter cree verla, reduce la velocidad y gira un poco más adelante. Si, es ella, no hay confusión posible. Frena, aparca y sale del coche, cruza la acera y entra en el establecimiento con decisión.

Y allí está Roxie, coqueta, presuntuosa, pelirroja, esbelta y muy provocativa; el escote más pronunciado que el de las demás, la falda algo más corta que la de las otras, la mirada chispeante y una risa escandalosa. A su lado Emilie la invisible, de pelo sin color y facciones que se desdibujan un instante después de haberla mirado, casi nadie sabe de su existencia, vive para hacer lo que le pida Roxie, para adorarla. Y enfrente está Lola con el cabello negro, negro brillante y los ojos enormes y verdes y la piel fina, clara y lisa, pero es difícil que alguien se fije en ella porque la vergüenza la inunda, todo su bello cuerpo es vergüenza salvo el rincón donde guarda una enorme personalidad y firmeza y la inteligencia que le legó Marie.

A Roxie le encanta su voz, si se lo permitieran nadie más hablaría y sus amigas se lo permiten así que, como todos los domingos, les cuenta lo que la noche anterior ocurrió en las carreras, ellas nunca han ido pero conocen todos los detalles porque Roxie nunca deja ni uno solo sin relatar.

En la barra pide un batido de fresa y no pierde ni una palabra de lo que cuenta Roxie mientras el pelo rojo, una vez más, provoca un incendio en sus entrañas. La puerta se abre de golpe, entran cuatro chicos bulliciosos; uno se dirige a la máquina, la música suena alegre, el aire huele a hormonas, no hay ni rastro de la reciente guerra. Cuter se ha puesto muy serio. Los demás chicos llegan a la mesa de las muchachas y las incitan, les gastan bromas demasiado fuertes y les proponen salir a pasear en coche. La risa de Roxie y su voz rozan el escándalo. Acepta, claro, y sus amigas la siguen. Al pasar al lado de Carl los chicos se ríen, se golpean la espalda y el más feo, el de los volcanes en la cara, murmura suficientemente alto.

- Es el hermano de Martin Owens y bebe batido de fresa.

Cuando Carl se sube al coche ya ha decidido que no le importa Roxie, que no le interesa y piensa que dará una última vuelta, tal vez ella se haya bajado del coche y camine esperándole, ¿Quién sabe lo qué puede pensar una chica pelirroja? Lo pone en marcha con cuidado, él no sabe conducir despacio pero lo hace. Un coche pasa en dirección contraria, el chico feo

conduce, en el asiento de atrás Roxie y los otros gritan. La sangre le golpea la frente. Frenan a su lado, muy cerca de él.

- ¡Hermano de Martin Owens! - gritan - ¿Por qué bebes batidos?

Arrancan demasiado deprisa, demasiado provocadores. Carl va a hacer lo mismo pero no lo hace. Conduce hasta una esquina algo solitaria y detiene el coche. Los otros vuelven y paran a su lado.

- ¡Eh, tú, Owens! no nos has dicho porque bebes cosas rosas.

La carcajada que más duele viene del fondo es como una aguja afilada. Los ojos se humedecen y con un gran esfuerzo logra que el agua se quede en las pestañas. Siente que alguien sale dando un enorme portazo.

Se acerca y golpea el cristal mientras él baja la ventanilla. Y ve la falda amplia de cuadritos verdes y la cinta que le ciñe el pelo negro. Tiene la cabeza baja, parece asustada, pero logra hablarle.

- Esos chicos son unos estúpidos. Solo quiero que sepas que yo no estoy con ellos y me siento muy molesta por su comportamiento. No me incluyas en ese grupo, por favor.

Los ojos verdes se cruzan con los suyos, una chispa, dos, tres... Los ojos tan claros que son imposibles buscan el fondo del corazón de Lola.

- ¿Quieres que te lleve a casa? Sube.

Pero las chispas no le hacen cejar en su empeño.

- ¿Sigue Roxie con ellos?

- Ah! Si, Roxie y Emilie, las dos. Van donde las carreras, ya sabes.

- No, no sé. Pero tampoco me importa.

Cuando Lola entra en el coche y las miradas no se cruzan Carl se siente cómodo, es una presencia amable, cálida, agradable.

- Mi casa no está lejos tira un poco más adelante... Conozco a tu madre.

- Ah ¿sí?

- Bueno, no es que la conozca. Gira en la segunda a la derecha y esa es mi casa. Es que vino un día a la peluquería.

- Ah!
- Mi madre es peluquera y yo le ayudo.
- Yo estudio en Princeton.
- Lo se
- Me llamo Carl Owens
- Lo sé. Yo soy Lola Charpentier y voy al instituto aquí, con esos payasos... No sabes cuánto lo siento...
- No te preocupes, no suelo ser muy popular.
- Tampoco yo.
- Pero tú eres muy bonita.

Las palabras brotan sin su consentimiento, en realidad no sabe si es bonita, solo ha visto unas chispas que brotaban de unos ojos verdes como el trigo en abril. Ella le mira y sonrío.

- Gracias por traerme a casa.

Ahora sabe que si es bonita además de tímida pero lo importante es que es relajante.

- El domingo que viene ¿irás a la heladería?
- Si.
- Entonces nos veremos.
- Seguramente.

Abre la puerta, sale, cierra la puerta, camina unos pasos, se para ante un edificio sucio, antiguo, saca una llave y abre la puerta de cristal de una peluquería, se da la vuelta, sonrío y desaparece.

En ese momento Carl Owens sabe que esa noche leerá muchas páginas, que probablemente no entenderá lo que lea y que el domingo siguiente y muchos más domingos tomará un batido de fresa.

Capítulo 3